

Voltaire estaba en su lecho de agonía, al preguntársele si creía en la Divinidad del Cristo, contestó: «En el nombre de Dios, no me volváis a hablar de ese hombre».

Voltaire creía en Dios, naturalmente, pero su concepción de la Divinidad no está de acuerdo con la del cristianismo y las teorías de la iglesia no fueron sus doctrinas, de modo que por esta causa atacó a la religión tan encarnizadamente que llegó a convertirse en uno de sus peores enemigos. Además de esto, todas sus simpatías estaban de parte de los enciclopedistas, que llegaron con su profundo positivismo a negar los puntos esenciales de la religión católica.

Hemos dicho que Voltaire atacó a la iglesia. Su ataque, sin embargo, carece de la seriedad necesaria a los escritos de carácter doctrinario. Atacaba de una manera irregular y sin someterse a método determinado, más bien para satisfacer su temperamento de luchador que por convicción profunda, usando toda clase de armas, desde la sátira más hiriente hasta el insulto directo y penetrante. Y por esta razón Voltaire se nos muestra como un *panfletista* superficial y voluntarioso, que puso en caricatura muchas cosas y muchos hombres dignos de ser tratados, aún combatidos, con la más noble seriedad.

Su genio le salva. Su cobardía moral le convirtió en uno de los histriones más completos del siglo diez y ocho. Intolerante y cínico, proclamaba únicamente aquellas verdades que redundaban en su propio provecho. Cambiaba de creencias cotidianamente y en peligro de enfermedad, era el más ferviente cristiano; en tanto que, cuando gozaba de excelente salud, escupía su sátira al catolicismo.

Voltaire tiene el alma de las mujeres de la corte de los Luises. Tornadizo e hipócrita, tan pronto escribe en contra de cualquier sacramento como dedica una tragedia al papa o se hace construir una iglesia para su culto personal.

La influencia de Voltaire en su tiempo fué enorme. El siglo librepensador se alegraba de tener un hombre que pudiera decir claramente a la Iglesia sus errores y sus defectos. Sin embargo, había mucha artificialidad en sus doctrinas y creencias y el mundo ya se ha olvidado completamente de sus teorías y de sus modos. El ataque filosófico es mucho más efectivo que los insultos apasionados. Al principio aseguramos que era punto menos que imposible definir el sentimiento religioso de Voltaire y después de terminar este artículo quedamos con el mismo convencimiento.

ARTURO TORRES RIOSECO

Minneapolis, Minn.

## Leyendo a Wilson...

(Viene de la página 72).

Con frecuencia hemos oído sostener la tesis contraria. Dícese que los países latinos necesitan personificar el Poder. Su sentimiento de comunidad es la adhesión a un hombre. Cuéntase que a Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, le exigieron los españoles que residiese aquí porque su presencia directa era mucho más necesaria en nuestra patria que en tierra germana. «Que allá se gobiernen por leyes, y acá, por reyes»...

Sin embargo, como vemos, la gran tradición de los pueblos latinos, frente a los teutones, ha sido, cabalmente, la contraria. La fuerza social del mundo clásico residía en el vínculo impersonal de la ley.

\* \*

«La sociedad es una estructura, y no una construcción». Un pueblo se forma como crece un árbol, mejor o peor cuidado, pero siempre en virtud de su interna energía. La sociedad evoluciona de dentro a fuera, por creación orgánica, y no de fuera a dentro, por presión artificial. De ahí la necesidad de dejar a las fuerzas sociales que se muevan espontáneamente, con holgura, con libertad.

Para Woodrow Wilson, la evolución política marcha hacia el predominio actual y futuro de la democracia en el Mundo entero. «Todas las formas de gobierno irán reduciéndose a la forma democrática». Las naciones alcanzan ahora su edad viril. «Los pueblos van siendo ya lo bastante grandes para gobernarse a sí mismos».

En realidad, el Estado moderno realiza casi las mismas funciones que el Estado clásico. Su poder absorbente asume tantas actividades diversas como la ciudad antigua. Pero el glorioso profesor de la Universidad de Princeton, mentalidad, al cabo, anglosajona, no renuncia a su fundamental individualismo. La fórmula de la ciudadanía clásica: «El individuo para el

Estado», debe ser hoy invertida. A su juicio, hay que decir: «El Estado para el individuo».

Eso sí, Wilson recoge el testamento de Washington. Al ciudadano es necesario instruirle, educarle. «Preciso es dar al pueblo amplios conocimientos y, si ello es posible, grandes virtudes, pues de unos y otras dependen la conservación y el éxito de las instituciones libres».

\* \*

No hemos hecho más que empezar. Dejemos, si acaso, para otro día el recordar piadosamente nuevas frases del ex-Presidente Wilson que merecen no quedar olvidadas.

Liberal, demócrata, en la vida interior del Estado, su inolvidable aparición en la vida internacional fué una grandiosa tentativa de regir por esos mismos principios de libertad y de democracia las relaciones entre los pueblos. No pudo triunfar, y su alma vivió la eterna tragedia de la política idealista. O hizo poco o hizo demasiado. Para político le sobró credulidad. Para profeta le sobró oportunismo. Ni fué tan sencillo como la paloma ni tan astuto como la serpiente. Resignóse noblemente a ir disminuyendo poco a poco el ideal, a fin de conseguir, siquiera a medias, su realización práctica. Y su corazón puritano comprobó en el dolor la verdad del Evangelio: «Nadie puede servir a dos señores...» Hubo un momento en que creyó Europa que la predicación wilsoniana tenía tras de sí un ejército de un millón de bayonetas y un pueblo de cien millones de habitantes. Si los tuvo, no debió, quizás, Wilson contentarse con el Tratado de Versalles. Si no los tuvo, debió, tal vez, dejar a otra mano el cuidado de firmarlo, y guardar las suyas, unidas por la fe, para extenderlas desde lejos, como Moisés, hacia la tierra prometida.

## Otra lección de Wilson

WILSON era un demócrata, evidentemente: el gran demócrata de este momento histórico. Tenía una fe casi religiosa en el gobierno del pueblo por el pueblo mismo. Creía en la democracia para su país. Creía en la democracia para los demás países. Tarde o temprano, todas las formas políticas se reducirían a la forma democrática. Creía en la democracia dentro de cada Estado. Creía en la democracia para

la organización jurídica y pacífica del Mundo por medio de la Sociedad de las Naciones.

Pero ¿cómo era demócrata Wilson? ¿Cómo entendía y desarrollaba el principio democrático? He ahí un aspecto interesante en la doctrina del antiguo profesor de Jurisprudencia y de Política en la Universidad de Princeton. Que no era un demócrata sin espíritu de revisión y de crítica lo demuestra